

ciones le describían la rapidez de sus dichas y le enconaban la úlcera de sus celos, el sacerdote dirigió la palabra sacramental á los cónyuges y Lucrecia respondió con un sí tan firme que tuvo resonancia bien diversa en las bóvedas de la Iglesia de Spoleto y en las cavidades del corazón de Montaperto. Al eco de esta palabra surgió á su vista el día de su boda en la misma coyuntura, el no terrible, el espanto universal, la pena del pobre padre, la demencia que el dolor instantáneo y la sorpresa increíble derramaron en su oscurecida mente y en su atribulado pecho. Si dejara la acción á merced de la irreflexiva voluntad, fuera á donde estaban los novios, y les inmolará con su puñal después de haber oído aquella promesa que le abría herida tal en su ya despedazado corazón. Pero le alegraba con feroz alegría su certeza de que en la redoma consagrada á las primeras libaciones nupciales por los dos amantes, en la copa de oro cincelada por el primero de los artistas florentinos y apercebido á significar la unión y confluencia de dos vidas, se hallaba como disuelta la muerte, que pronto se extendería por los cuerpos de los felices novios y paralizaría los latidos de sus enamorados corazones. Entre los sises de ambos esposos, entre las oraciones del cura, entre los rezos de la comitiva resonó, pues, una carcajada semejante á la epiléptica risa de Satanás penetrando en el hosanna de los ángeles.

Concluida la ceremonia, dirigiéronse novios y amigos á casa. Y comieron en santa compañía, con gozo íntimo, pero sin alarde de fiestas. Acabada la comida, quiso Serafin con una plática recordar á los dos amantes las obligaciones que acababan de contraer y la vida que debían proponerse. Jamás se hablara en ninguna lengua como habló el pobre fraile hereje acerca de la bondad y de la belleza encerradas en el amor desinteresado y puro. Sus palabras parecían ideas de Platon bendecidas por Cristo y puestas en la lengua armoniosa de Petrarca para dichas al sobrenatural sonido de las voces de un órgano en espacios henchidos de ideas religiosas y perfumados de místico incienso. ¡Qué tiernas cosas dijo! ¡Con qué unción santísima encareció la beatitud del matrimonio! ¡Cómo demostró que la bienaventuranza, el goce eterno del bien supremo, puede y debe existir sin tregua y sin hastío allá en el cielo, cuando aquí en la tierra, todas nuestras ambiciones se satisfacen y todos nuestros deseos se acallan al lado de la persona única que inspira la pasión profunda de un verdadero amor! Y después de haber descrito los mutuos cuidados, las santas caricias, la confusión de las almas, el placer que se encuentra en la venida de los hijos, la paz en el seno de la virtud, describió aun con mayor viveza cómo esta felicidad, para ser verdadera, no debe ser egoísta sino exparcirse en ejemplos de sólida enseñanza y en obras de ardiente caridad entre los semejantes, cuyas desgracias pueden llenar de sombras espesas el cielo de tantas dichas. Así apoyados uno en otro, añadió dirigiéndose á los cónyuges, hareis brotar á vuestroal-

rededor las flores mas duraderas, las flores de la virtud, y sin clavaros las agudas espinas de que está sembrada la tierra, en la hora de vuestra muerte, sereis ángeles del cielo volando á contemplar la belleza perfecta en el espejo donde eternamente se refleja, en el Empireo, ante la presencia misma del Eterno. Las palabras de Serafin conmovieron á los circunstantes y arrobaron á los novios. Y como quiera que Lippi creyese aquella la ocasión oportuna sacó su cincelada copa, prodigio del arte, su redoma llena del vino de la propia cosecha, y después de haber bendecido mentalmente aquellos caros objetos y escanciado la bebida, dió una parte á Lucrecia y tomó otra parte para sí. Ambos bebieron sin saber que habían bebido la muerte. Y al irse la comitiva y quedarse solos, cuando se encaminaban al lecho nupcial, comprendieron que se encaminaban realmente á la eterna tumba.

—¡Dios mio! siento no sé qué.

Dijo Lucrecia.

—Las emociones de este gran día te habrán conmovido hasta el punto de perturbarte un poco.

Observó Lippi.

—No sé.

—También me duele á mí la cabeza.

—Toca mi frente y la sentirás arder bajo tu mano..... ¡Ay!..... ¡Qué angustia!

—¿Será posible? Hemos atravesado las mayores desgracias sin resentirnos en nuestra salud, ¿y no podremos recibir esta visita anheladísima de la felicidad sin quebrantarnos, como si fuera mas natural en nuestra naturaleza el dolor que la alegría?

—No será nada: el viaje, la iglesia, los sentimientos inspirados por este día solemne, las personas ausentes, los recuerdos, las emociones; tienes razón, todo se conjura para darnos esta especie de malestar que pasará pronto.

—Tomemos otro sorbo del vino de mi cosecha, y nos confortará seguramente.

Dijo Filippo.

—Tomémoslo.

Respondió maquinalmente Lucrecia.

—Bebe la mitad.



—Trae.

—Yo me bebo la otra mitad.

—¿No te deja así un dejo amargo en la boca?

—Me parece que sí; mas será aprension.

—Me duele la cabeza y me falta á veces la respiracion.

—Dejémonos de estas aprensiones, bien mio. El frágil cuerpo humano es así; no puede soportar en su pequeñez y en su miseria ni los extremos de la felicidad ni los extremos de la desgracia. Ya hemos llegado al logro de nuestros deseos despues de tantas desventuras. Viviremos de la misma vida como el tallo y la flor. Solamente la muerte podrá separarnos y la muerte está muy léjos. El ardor de nuestra sangre, los latidos de nuestros corazones, la viveza de nuestros deseos, todo nos anuncia que tenemos una vida larguísima y que la consagraremos toda entera al goce de nuestro amor. Yo hubiera dado la eternidad por un momento junto á tí. Imagínate lo que sentiré ahora viéndome destinado á pasar la eternidad contigo. Soy feliz.

—Gracias, Dios mio, gracias. Merced á tu bondad he llegado al suelo anheladísimo de esta casa y á la compañía eterna de mi amado. Déjame de nuevo consagrarte mi dicha y pedirte tu santa bendicion: que no hay goce sino donde hay pureza en la intencion y sinceridad en la virtud.

—Mira, dijo Lippi, asomándose á una ventana próxima que estaba abierta y que daba al campo, mira; las estrellas se han aumentado en el horizonte como para iluminar nuestra noche de bodas y ver lo mas divino de este bajo suelo ¡ah! la felicidad de dos seres amantes y virtuosos. Déjame pues, que mis brazos te estrechen por vez primera libremente sobre mi corazon. Déjame que mis ojos se abrasen y derritan si es preciso en el fuego de tus ojos. Déjame que el alma salga á mis lábios y se suspenda de los tuyos, como se suspende de los pétalos de la flor una gota de rocío. Déjame que me entregue al mas vivo y al mas santo de todos los placeres, al goce en tu amoroso seno de un amor bendecido por Dios y respetado por el mundo. Seamos felices.

Y Lippi, cogiendo de la cintura á su esposa, que cada vez se mostraba mas pálida y mas enferma, pues no podia casi moverse ni andar, encamiñóse con ella hácia el lecho nupcial, apercebido en una alcoba próxima.

Dos pasos habian dado apenas, cuando se colgó de la ventana por donde

el pintor habia mirado al cielo una escala de seda y al término de la escala apareció Guido Montaperto con su aire siniestro y su sonrisa sardónica.

Lippi, fuera de sí, exaltado por la posesion de su amada, vuelto hácia la alcoba y de espaldas á la ventana, ni oyó ni vió cosa alguna, imprimiendo en su ansiedad y en su anhelo, con aquel furor sensual propio de su temperamento, un ósculo ardorosísimo y ruidoso en los lábios de Lucrecia. Aun no habia sonado, cuando Guido estaba de un salto en medio de la sala, y decia con rabia á los dos amantes:

—Andad, andad, que vais á la muerte. No sois dos novios, no, sois dos cadáveres.

Lucrecia volvió la cabeza con precipitacion y lanzó un sollozo con horror, desasiéndose de los brazos de Lippi, como si la hubieran sorprendido en el momento de cometer un crimen.

Lippi, que ni por la voz ni por el acento conociera al aparecido, se arrojó sobre él con rabia, y al reconocerlo retrocedió como si hubiera visto sobrenatural aparicion. Guido, cruzado de brazos, altivo de actitud, mirando alternativamente á uno y otro de los cónyuges, sonreíase con diabólica sonrisa y meneaba la cabeza con extraños sacudimientos.

—¿Qué creíais? decia. ¿Que iba yo á olvidar mis penas? ¿Que iba á dejaros gozar en paz de vuestra inmerecida ventura? ¿Que esta noche de bodas iba á ser mas feliz que la mia? Si me hubieras visto ¡ingrata! penetrar en mi castillo aderezado para recibirte con la desolacion en el semblante y en el alma, entre parientes que se reían de tu negativa y se burlaban de mi desesperacion, comprenderias de una vez mi proceder en los actos de esta maldita vida, y mi venganza en los momentos de esta suprema noche. El vino de la boda reservado para vosotros solos tenia disuelta la muerte. Yo mismo he derramado el tósigo homicida en la bebida que habíais preparado, para aumentar el calor de la sangre y el goce de los sentidos. Recogeos en vosotros mismos, pues el veneno es corrosivo y os matará bien pronto. Como que estaba destinado por mí á evitar una satisfaccion que nadie debe gustar en la tierra ya que no he podido yo gustarla. En cuanto hayais espirado á mi vista, sér inútil en el mundo, me partiré con este cuchillo el corazon, para que caigamos á una todos en el infierno.

—¡Muerto! ¡Muerto! exclamó Filippo que habia oido como petrificado las siniestras palabras de su rival. ¡Y en esta hora tan suprema! Cuando todos mis anhelos iban á cumplirse, cuando todos mis deseos iban á satis-



hacerse, paraliza el corazón amante con la muerte. ¿Por qué no haberme dejado por lo menos una hora de vida? ¡Muerto! ¡Muerto!

Y en su desesperación se llevaba las manos á la frente como para ahuyentar con fuerza esta idea siniestra en cuya realidad no quería creer por completo, á pesar de que comenzaban los estertores y los espasmos de la agonía.

—Yo os mato en unos cuantos minutos, decía Guido, misericordioso en medio de mi implacable justicia. Vosotros, por largos años, me habeis dado diariamente una agonía mas terrible y dolorosa que vuestra última agonía.

—¡Me muero! Decía Lucrecia, dejándose caer sin fuerzas en un sillón. Esposo mio, renovemos á la hora de la muerte, mas cerca de Dios, el juramento prestado. Ya que no hemos podido juntarnos en la tierra, júntemonos en la eternidad. ¡Dios mio! ¡Misericordia! ¡Misericordia! ¡Misericordia! ¡No nos separen en la otra vida! ¡Piedad, piedad de nosotros!

—¡Tan jóven! ¡Qué horrible vértigo! decía Lippi. ¡Me voy con tantas ideas en la mente! ¿Quién me diera pintar en un minuto los cuadros que debía trazar durante el resto de mi vida? ¿Quién prolongara por una sola noche esta existencia, á fin de pasarla en brazos de mi amada! Esposa, esposa mia, ¡cuán desdichados hemos sido en este mundo! ¿Por qué nos destinaste el uno para el otro, Dios mio, si luego el mundo y el infierno se habían de interponer en nuestra vida para evitar la mas fácil y la mas vulgar de todas las dichas. ¡Dios mio! ¡Dios mio!

—No blasfemes. Acabamos de confesarnos para la boda. Aprovechemos esta absolución para la muerte. Acércate. Filippo. No te veo. Acércate. Me muero. ¡Qué ardor siento en mis entrañas! ¡Qué zumbido en mi cabeza! ¡Qué sombras en mis ojos!

—¡Socorro! ¡Agua! ¡Me abrazo! ¡Ah! Lucrecia, amor de mis amores. Esposa del alma, me muero.

Y Lippi cayó desplomado en el suelo.

Lucrecia se arrastró hasta donde estaba tendido é inerte, levantó la cabeza con ambas manos y dando un beso en los labios de su esposo, quedó muerta de un solo estertor y un solo estremecimiento.

Guido cumplió su palabra. Y sacando el puñal, se lo hundió en mitad del corazón, cayendo exánime al lado de los exánimes novios.

Así acaba la trágica historia de Filippo Lippi, fraile de la orden carmelita y excelente pintor florentino.

Hasta sus funerales fueron espantosos.

Como Serafin se encargara de la oración fúnebre, expresó en exaltado discurso, sus ideas respecto á la necesidad de la renovación del Cristianismo y á la esperanza en la venida del Espíritu Santo. Los clérigos de la Catedral se amotinaron y le hicieron descender del púlpito sin que la oración estuviese terminada.

Y á los tres dias lo quemaron vivo en la plaza pública.

Así terminaron los solemnes funerales de Fra Filippo Lippi.



## INDICE

### DE LOS CAPITULOS QUE CONTIENE ESTE TOMO.

CAPITULO	PAGINAS.
I.—Esfuerzos inútiles y premeditadas venganzas.....	3
” II.—El escondite.....	18
” III.—Venecia.....	36
” IV.—Satisfaccion de la venganza.....	53
” V.—La agonía.....	72
” VI.—El cautivo.....	82
” VII.—La aparecida.....	96
” VIII.—Conflictos.....	106
” IX.—El hado.....	115
” X.—Con riesgo de muerte.....	122
” XI.—Oleajes de la vida.....	132
” XII.—Epicos recuerdos.....	141
” XIII.—Amores fatales.....	156
” XIV.—Espantoso dilema.....	201
” XV.—Milagros del arte.....	216
” XVI.—Por una bula.....	230
” XVII.—Un misterio en la Edad Media.....	241
” XVIII.—Los funerales de una boda.....	254



